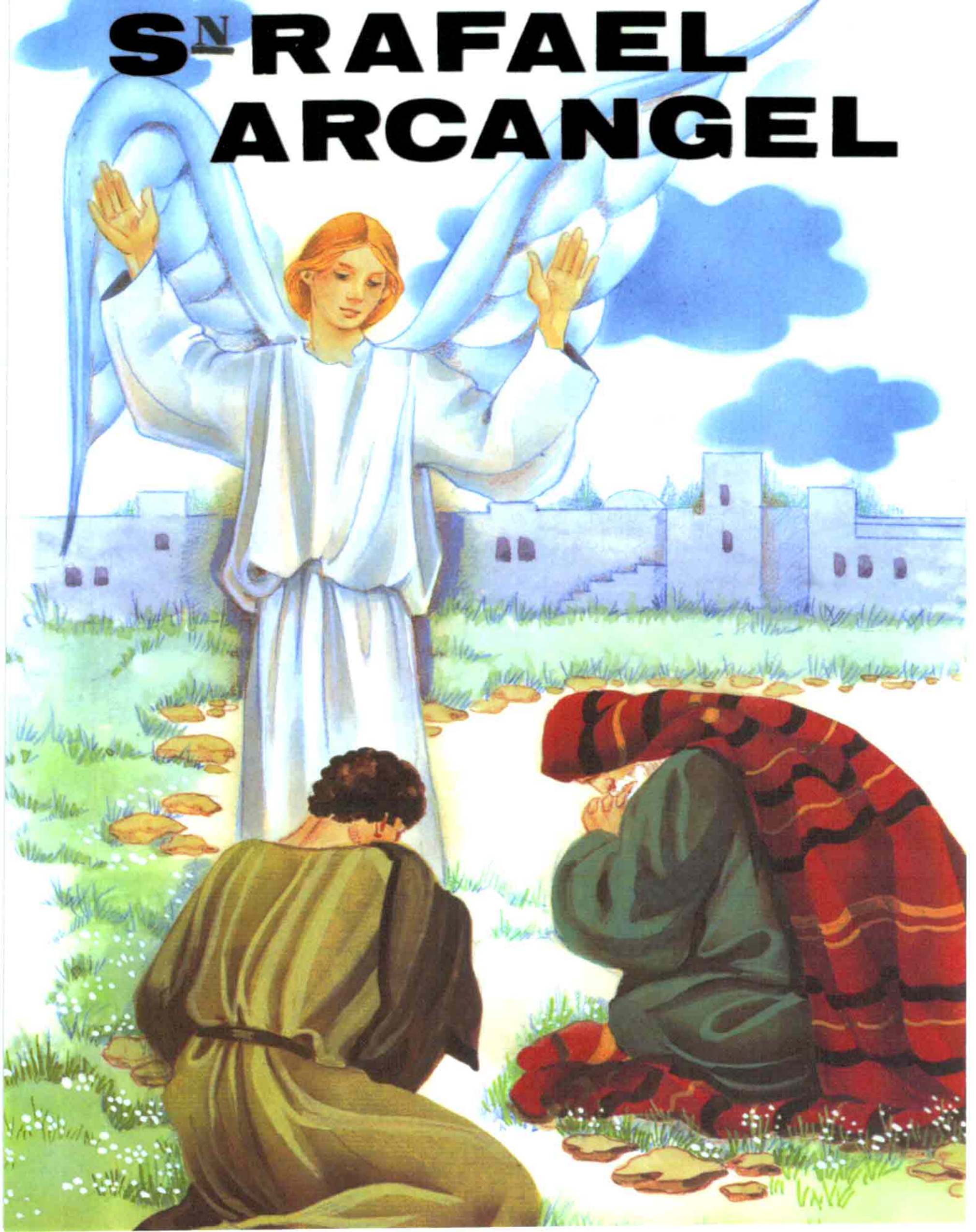
S<u>N</u> RAFAEL ARCANGEL



SAN RAFAEL ARCÁNGEL

Andrés Codesal Martín

Editorial **APOSTOLADO MARIANO**
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78 - www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-392-1 - Depósito legal: GR 61-1998
Impreso en España - *Printed in Spain* - Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Historia de Tobías

Tobías, de la tribu de Neftalí, era un israelita que había sido llevado a Asiria. Su mujer se llamaba Ana, y tenía un hijo llamado también Tobías.

Cuando subió al trono el rey Senaquerib, se mostró tan duro con los israelitas que llegó su crueldad hasta negarles la sepultura; mas el anciano Tobías escondía los muertos en su casa y los sepultaba por la noche. Sabiéndolo el rey, confiscó todos sus bienes, y tuvo que huir con su mujer y su hijo para salvar la vida.

Cuando Senaquerib apareció asesinado, el nuevo rey le devolvió todos sus bienes y pudo seguir haciendo sus buenas obras de misericordia.

Un día, después de volver a su casa fatigado de enterrar, se echó al pie de una pared para descansar. No se dio cuenta que en lo alto había un nido de golondrinas, y cayéndole sobre los ojos los excrementos del nido, le dañaron la vista, y por más medicinas que le recetaron los médicos, perdió por completo la vista.

Se quedó tan pobre que, para ganarse la vida, tenía su mujer que salir a trabajar. Un día, junto con el salario convenido, le regalaron un cabrito, y al traerlo a casa y sentir Tobías los balidos, le dijo: «¿De dónde proviene ese cabrito? ¿No habrá sido robado? Devuélvelo a sus propietarios, pues no tenemos derecho a comer nada robado.

Entonces ella le respondió enfadada: «¿Dónde están tus limosnas? ¿Dónde tus buenas obras? Ya lo ves ahora».

Tobías entonces, lleno de tristeza, se puso a orar, diciendo:

«Justo eres, Señor, y justas todas tus obras; todos tus caminos son misericordia, verdad y justicia. Ahora, pues, Señor, acuérdate de mí, no tomes venganza de mis pecados, ni recuerdes mis delitos ni los de mis padres...».

Historia de Sara

Sara, era hija de Ragüel de Ecbátana en Media, y sus padres la habían casado ya siete veces, y todos los maridos habían muerto la misma noche de la boda, antes de haberla conocido.

Aquel mismo día que Tobías había sido insultado por su propia esposa, por haber pensado que había robado el cabrito, Sara fue injuriada por una de las criadas de su padre, echándole en cara y haciéndola culpable de la muerte de sus maridos.

Le decía: «Tú eres la que matas a tus maridos. Te han dado ya siete y a ninguno has dejado con vida. ¿Por qué, entonces nos castigas? Vete con ellos y que jamás veamos un hijo tuyo».

Ella se entristeció grandemente y llorando subió a la habitación deseando quitarse la vida. pero entrando en razón, dijo: «Se mofarían de mi padre y le dirían: Una hija querida tenías y se ha quitado la ida por sus desventuras. Sería yo la causa de hacer que mi padre sufriera mucho y acabara en la muerte...».

Entonces se puso a orar, diciendo:

«Bendito seáis Señor Dios misericordioso, y tu nombre sea por siempre bendito. Hacia ti vuelvo mi rostro y en ti pongo mis ojos... Siete maridos he perdido, ¿para qué quiero la vida? Pero si no quieres quitármela, vuelve hacia mi tus ojos y ten compasión de mí para que no escuche más ultrajes».

En aquel momento Dios oyó las oraciones delos dos (la de Tobías y la de Sara) y envió a Rafael para curarlos, a Tobías de su ceguera, para que volviese a ver la luz del cielo, y a Sara, para darla por esposa a Tobías, el hijo del anciano Tobías, librándola del demonio Asmodeo, que asesinaba a todos los hombres que se acercaban a ella, porque estaba reservada para el joven Tobías a quien correspondía casarse con ella, con preferencia a todos los demás pretendientes.

San Rafael acompaña al joven Tobías

Queriendo Tobías, antes de su muerte, arreglar los negocios de familia, llamó a su hijo y le dijo: «Cuando tú aún eras niño, presté diez talentos de plata a Gabelo en Ragues, ciudad de los medos, y tengo en mi poder el recibo firmado de su mano. Debes procurar el modo de ir allá y cobrarle dicha suma de dinero, devolviéndole el recibo».

Salió, pues, el joven Tobías y encontró no lejos de su casa a un esbelto joven, que tenía su túnica ceñida a la cintura, como quien está a punto de emprender un viaje.

Tobías no sospechaba que fuera un ángel puesto a su disposición por la Providencia. ¿Sabrías tú, le dijo, el camino para ir a la ciudad de Ragues? Sí, yo lo se y conozco a Gabelo, respondió el ángel. Luego entraron ambos en la casa del anciano Tobías, y el ángel le animó, diciendo que tuviera buen ánimo y que pronto sería curado por Dios, y que él acompañaría a su hijo: «Yo llevaré sano a tu hijo, y sano te lo volveré a traer». Respondió Tobías y dijo: «Id en buena hora; Dios bendiga vuestro viaje, y su ángel vaya en vuestra compañía».

Al atardecer del primer día de viaje, llegaron a las márgenes del Tigris, y entrando en el agua Tobías para lavarse los pies, un enorme pez se lanzó sobre él, y Tobías se asustó.

Entonces el ángel le dijo: «No tengas miedo, agárralo por las agallas y tíralo hacia ti». Así lo hizo y arrastrando lo sacó fuera a tierra. El ángel le dijo de nuevo: «Desentraña ese pez y guarda su corazón, el hígado y la hiel; pues éstas partes son necesarias y útiles medicamentos».

Tobías siguió el consejo del ángel, y después de asar el pez y comer, prosiguieron el camino.

San Rafael aconseja a Tobías que tome a Sara por esposa

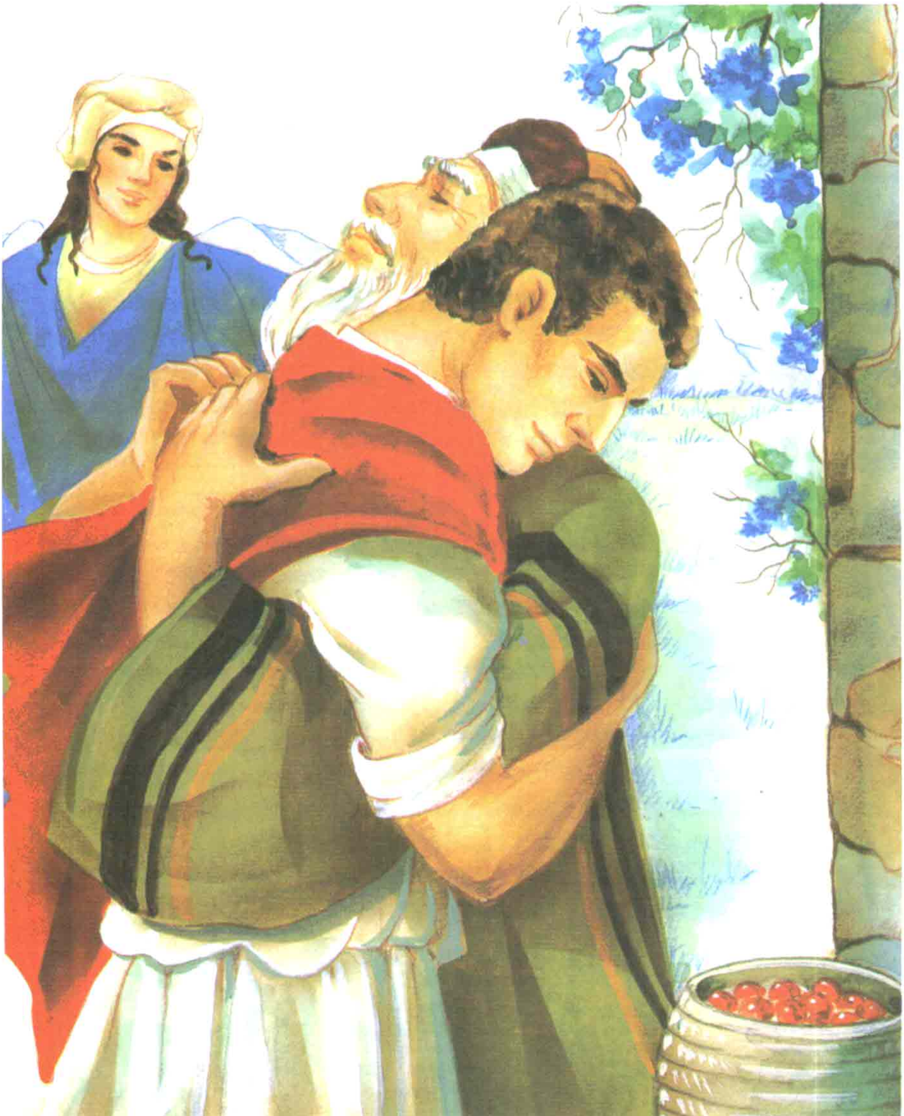
Cuando iban llegando a la ciudad de Ecbatana, el ángel dijo a Tobías: «Aquí vive un pariente tuyo, llamado Ragüel, cuya hija única, Sara, debes pedirle por esposa. A ti corresponde casarte con ella, pues tú eres ya el único de su linaje la joven es bella y discreta. Hablaremos con sus padres y al volver a Ragues celebraremos la boda».

Replicó Tobías: «He oído que ha sido dada ya a siete maridos y que al acercarse a ella murieron. He oído decir también que es un demonio quien los mataba. Yo, la verdad, tengo miedo. Soy el hijo único de mi padre y temo que si me muero llevaré a la tumba, de dolor, a mi padre y a mi madre, que no tienen otro hijo que los entierre».

Respondió el ángel: «¿No recuerdas los consejos de tu padre que te recomendaba casarte con una mujer de tu familia? Hermano, no te preocupes por el demonio y cásate con ella. Te aseguro que esta noche será tu esposa. Cuando entres en el tálamo nupcial, toma un trozo del hígado y del corazón del pez y échalos en el rescoldo del perfumador. Dará olor y, en cuanto huela, el demonio huirá para no volver más.

Pero antes de vuestra unión, rogad los dos al Señor del cielo para que tenga misericordia de vosotros y os proteja. No temas, pues ella estaba destinada para ti desde toda la eternidad; tú la salvarás, irá contigo y tendrás de ella hijos.

Cuando Tobías oyó de labios de Rafael que Sara era de su raza y de la casa de su padre, se enamoró de ella.



Tobías pide a Sara por esposa

Al llegar a Ecbatana, dijo Tobías al ángel: «Hermano, llévame en seguida a casa de Ragüel, nuestro hermano». Lo condujo a casa de Ragüel, el cual estaba en el patio. Al saludarlo les respondió: «Bien venidos seáis, hermanos». Y los llevó a su casa.

Cuando entraron en casa de Ragüel, dijo éste a su mujer: «Fíjate como se parece ese joven a mi hermano Tobías. Entonces Edna, mujer de Ragüel, les preguntó: «Jóvenes, ¿de dónde sois? Le respondieron: «Somos de los hijos de Neftalí, cautivos en Nínive».

–Añadió: «¿Conocéis a Tobías, nuestro hermano?»

–«Si lo conocemos».

–«¿Está bien? ¿Vive y está bien?»

–Tobías respondió: «Es mi padre».

Ragüel, al oírle decir que era hijo de su hermano, se levantó llorando y se abrazó a su sobrino. Después le dijo: «Bien venido seas, joven, hijo de padre tan excelente. ¡Qué pena que un hombre tan honrado y tan caritativo se haya quedado ciego!» Y arrojándose de nuevo al cuello de Tobías, lo abrazaba llorando de alegría. Así mismo, Edna, su mujer y Sara su hija, también lloraban emocionadas. Sacrificó luego un carnero ofreciéndoles cordial hospitalidad.

Sentados a la mesa, Tobías dijo aparte a Rafael: «Hermano, di a mi tío Ragüel que me de a mi prima por esposa».

Lo oyó Ragüel y dijo al joven: Anda, come y bebe y pasa alegre la noche, pues nadie tiene el derecho que tú de casarse con mi hija Sara. Además yo no puedo darla a otro que no seas tú, pues eres mi pariente más cercano Ahora que debo decirte toda la verdad: La he dado a siete hombres de nuestra tribu y todos murieron la noche de bodas. Pero tú, joven, como y bebe que el Señor proveerá».

Boda de Tobías con Sara

Respondió Tobías: «No comeré ni beberé hasta que te pronuncies en este asunto».

Dijo entonces Ragüel: «Bien; te la entrego por esposa conforme a lo prescito en la Ley de Moisés, pues así estaba determinado por el cielo. Hazte cargo de tu prima. Desde ahora tu eres su primo y ella tu prima; desde ahora te la entrego para siempre. Que el Señor del cielo os asista esta noche y os conceda misericordia y paz.

Llamó entonces Ragüel a su hija Sara. Cuando llegó, tomándola de la mano se la entregó a Tobías, diciendo: «Hazte cargo de ella conforme a la Ley y cuanto está mandado en el libro de Moisés y llévala a la casa de tu padre. Que el Dios del cielo os acompañe en paz.

Dijo Sara a su madre que trajera un rollo o pergamino, donde escribieron y firmaron el contrato matrimonial. Lo selló, y después se pusieron a comer y beber.

Dirigiéndose después Ragüel a su esposa, le dijo: «Mujer, prepara otro dormitorio y lleva allí a Sara». Aderezó la cama como le dijo su marido y, llorando acompañó a su hija hasta la alcoba. Entonces, enjugando sus lágrimas, dijo a su hija: «Ten confianza, hija mía. Que el Señor del cielo te conceda alegría en vez de tristeza. Ten confianza, hija mía». Y dejándola sola en la alcoba, salió.

Sara se quedó allí sola esperando a su nuevo esposo, con muchísimo miedo, no le fuera a suceder lo que le había pasado con los siete anteriores, que antes de acercarse a ella,el demonio los ahogaba, y si eso le sucediera ahora con su primo, del que se sentía muy enamorada, le parecía que no lo podría aguantar y se moriría de tristeza.

Curación de Sara

Al terminar la cena, se fueron a dormir acompañando al joven al tálamo nupcial. Tobías, al quedarse solo con su esposa, recordando las palabras de Rafael, sacó de su talega el hígado y el corazón del pez y los arrojó en el rescoldo del brasero o perfumador. Al momento se esparció el olor del pez y huyó el demonio al alto Egipto adonde fue Rafael y lo ató dejándolo inmóvil.

Entonces Tobías, dijo a Sara: «Levántate, prima, recemos y supliquemos a nuestro Señor para que tenga misericordia de nosotros y nos proteja». Se levantó ella y juntos se pusieron a rezar suplicando al Señor que los protegiera.

Luego dijo Tobías:

«Bendito seas Dios de nuestros padres, y bendito tu nombre para siempre.

Bendigante los cielos y todo lo creado para siempre.

Tu creaste a Adán y le diste a Eva, su mujer, como ayuda y compañera, y de los dos ha nacido toda la raza humana.

Tú dijiste: No está bien que el hombre esté solo, hagámosle una ayuda semejante.

Ahora, Señor, tomo a mi prima, no por placer sino con elevados sentimientos.

Ten misericordia de los dos y haz que vivamos larga vida».

Los dos exclamaron: «Amén, Am´n». Y durmieron toda la noche.

En cambio, los suegros de Tobías, no pudieron conciliar el sueño, esperando lo peor.

Se levantó Ragüel muy temprano, cuando aún era de noche y llamando a sus criados, cavaron una fosa. Se dijo: «No sea que muera y seremos el escarnio y el objeto de irrisión de todos».

Alegría de Ragüel

Después de cavar la fosa, en cuanto entró en casa, dijo a su mujer: «Envía una criada para que vea si vive, pues, si hubiera muerto, lo enterramos sin que nadie se entere».

Envió una criada con una lámpara y, abriendo la puerta de la alcoba, vio que ambos dormían profundamente. Salió la criada y les comunicó que vivía y que nada malo les había sucedido.

Bendijeron entonces al Señor de esta manera:

«Bendito seas, oh Dios, con toda alabanza pura.

Bendígante todos los santos, todas las criaturas y todos los ángeles por todos los siglos.

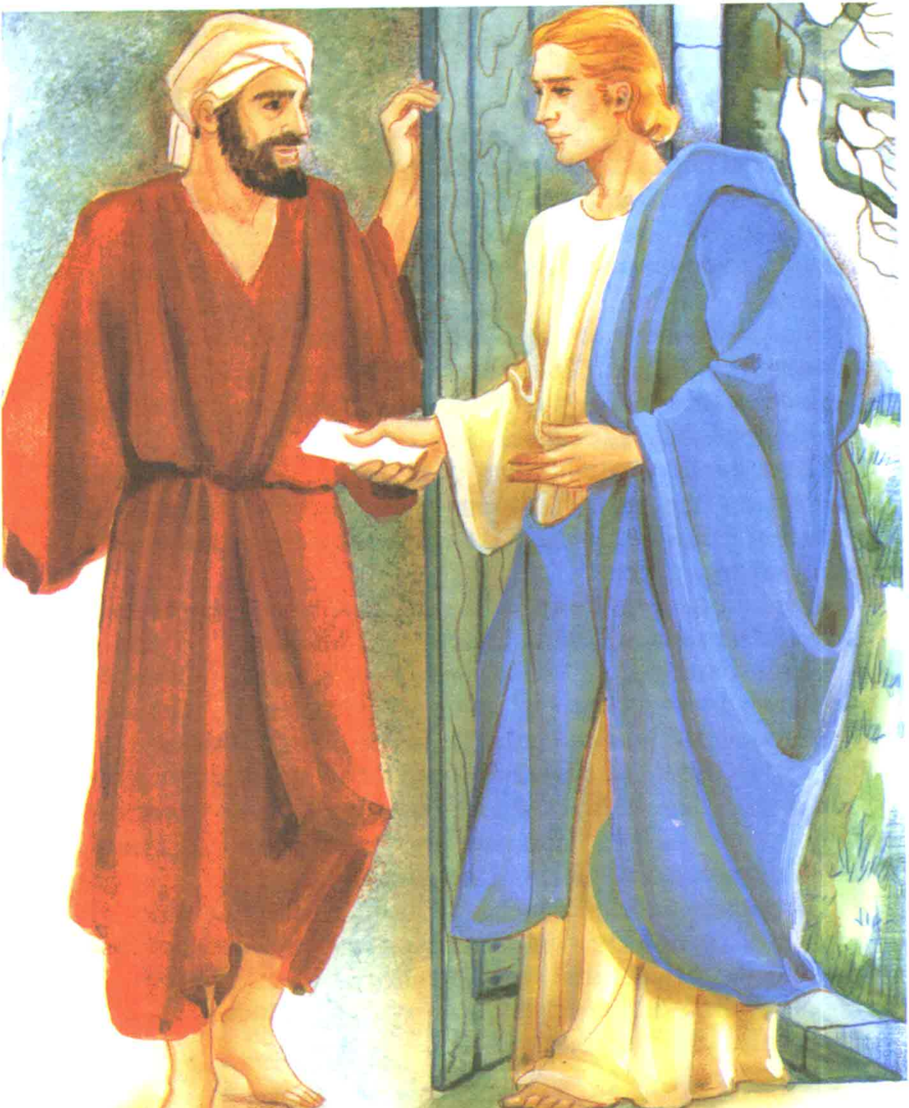
Seas bendito por haberme consolado, porque no llegó lo que temía, sino que has sido misericordioso con nosotros...».

Mandó luego a los criados que volviesen a rellenar la fosa antes del amanecer.

Dijo entonces a su mujer y a sus criados que empezasen los preparativos para el gran banquete de la boda.

Llamó entonces a Tobías, y le dijo: «Durante catorce días permanecerás conmigo en mi casa, comiendo y bebiendo y alegrando a mi hija que tanto ha sufrido. Luego tomarás la mitad de mis bienes y te irás feliz a casa de tus padres. la otra mitad de mis bienes la obtendrás cuando hayamos muerto mi mujer y yo. Animo, hijo, que soy para siempre tu padre y Edna tu madre como de tu prima Sara».

Tobías dijo a Rafael: «Hermano, toma cuatro criados y dos camellos y vete a Ragués a entrevistarte con Gabael, entrégale el recibo y cobra el dinero e invítale a la boda. Sabes bien que mi padre está contando los días, y si me retrasase más de lo previsto, le daría un disgusto.



Regreso de Tobías con su esposa a Nínive

Partió, pues, Rafael con cuatro criados y dos camellos para Ragués de Media y se hospedaron en casa de Gabael. Le entregaron el recibo y le comunicó que Tobias se había casado y le invitaba a la boda. Gabael trajo las talegas con el dinero y cargándolas se pusieron en camino y llegaron a la boda. Al entrar en casa de Ragüel encontraron a Tobías sentado a la mesa. Se levantó y saludó a Gabael que se echó a llorar de emoción y lo bendijo, diciendo: «¡Hombre bueno y honrado, hijo de un hombre honrado, justo y limosnero! Que el Señor te bendiga con bendiciones celestiales a ti, a tu mujer, a su padre y a su madre. Bendito sea Dios, que he visto a Tobías tan parecido ami primo».

Mientras tanto, cuando pasaron los días que el anciano Tobías consideraba que ya debía estar su hijo de vuelta, él y su mujer empezaron a angustiarse.

Así mismo, el joven Tobías, dijo a su suegro: «Déjame ya marchar; se que mis padres estarán pensando que no me volverán a ver».

Entonces Ragüel, entregó a Tobías Sara, su mujer, y la mitad de sus posesiones: criados y criadas, bueyes y ovejas, asnos y camellos, vestidos, dinero y utensilios, y lo dejó partir sano y salvo, despidiendo así a Tobías:

«Adiós, hijo mío, que tengas buen viaje. Que el Dios del cielo te conceda a ti y a Sara, tu mujer, un feliz viaje y que pueda yo ver vuestros hijos antes de morir».

Después se dirigió a su hija Sara: «Honra a tus suegros, pues desde ahora son tus padres, como nosotros que te hemos engendrado. Vete en paz, hija, y que tenga yo mientras viva, buenas noticias de ti».

Tobías cura de su ceguera

Feliz y dichoso salió Tobías de casa de Ragüel, bendiciendo al Señor de cielos y tierra.

Cuando se acercaron a Caserín que está frente a Nínive, dijo Rafael a Tobías: Adelantémonos a tu mujer para preparar la casa antes que ella llegue. Lleva contigo la hiel para curar a tu padre. Cuando lleguemos, lo primero que tienes que hacer será untar a tu padre los ojos con la hiel del pez, al escocerle se frotará, desaparecerán de sus ojos las manchas blancas y ciertamente recobrará la vista».

Cuando ya iban llegando a casa, le salió su madre al encuentro y llorando lo abrazaba. Tobías también se levantó y, tropezando pudo llegar a la puerta del patio. El hijo después de abrazarlo, en seguida le dijo: «Animo, padre» y le untó los ojos con la hiel del pez como le había dicho el ángel. El se frotó los ojos con las dos manos y, en seguida empezó a ver.

Se arrojó entonces al cuello de su hijo, y llorando le decía: «Te veo, hijo, luz de mis ojos, te veo». Y añadió:

«Bendito seas, oh Dios, y bendito tu santo Nombre. Benditos todos tus ángeles y todos tus santos para siempre, porque me castigaste, pero ahora veo a Tobías mi hijo».

Entró el joven Tobías alabando también a Dios a pleno pulmón y contando al padre su feliz viaje, y que traía el dinero y se había casado con Sara, hija de Ragüel, que venía ya cerca de Nínive. El padre contento y bendiciendo a Dios, salió al encuentro de su nuera a las puertas de Nínive. Los que lo veían caminar firme y sin que nadie le ayudase, quedaba maravillados, y él confesaba alegre delante de todos que Dios había tenido piedad de él y lo había curado.

El ángel revela su identidad

Tobías, al abrazar a su nuera, la bendijo diciendo: «En hora buena, hija, vengas a esta tu casa. Benditos sean tus padres y bendito mi hijo que te trajo. Entra en buena hora en la casa que es tuya con bendición y alegría; entra, hija».

Aquel día fue de mucho gozo para todos los judíos de Nínive. Se celebró la boda con grande regocijo durante siete días en los que recibieron muchos regalos.

Entonces Tobías llamó aparte a su hijo, y le dijo: «¿Qué podremos dar a este santo varón que ha ido contigo?»

El hijo le contestó: «Me ha llevado y traído sano, cobró el dinero de Gabelo, me proporcionó esposa, y ahuyentó de ella el demonio, causando alegría a sus padres, me libró del pez que me iba a tragar, y a ti te ha hecho ver la luz del cielo... Suplícale se digne aceptar la mitad de los bienes que poseemos». Llamó Tobías al ángel y le dijo: «Recibe como salario la mitad de cuanto has traído». Pero el ángel los interrumpió diciendo:

«Bendecid al Dios del cielo y glorificarle delante de todos los vivientes, pues ha mostrado con vosotros su misericordia... Buena es la oración con el ayuno, y mejor es la limosna con justicia que las riquezas con injusticia. La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado. Los que dan limosna tendrán larga vida. Los que cometen pecado y la injusticia, son enemigos de sí mismos.

Os voy a decir toda la verdad y no os ocultaré nada. Os he dicho que es bueno guardar el secreto del rey y honroso publicar las obras de Dios. Cuando orábais tú y Sara, yo presentaba vuestras oraciones al Señor. Cuando enterrabas a los muertos,

yo estaba junto a tí. Cuando dejabas la comida para dar sepultura a los muertos, yo fui enviado para probarte. Y Dios fue también quien me envió para curarte a ti y a Sara, tu nuera. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están ante la gloria del Señor y le asisten».

Temblaron entonces los dos, cayeron con el rostro en tierra y se llenaron de miedo.

Pero él les dijo: «No tengáis miedo, la paz sea con vosotros. Bendecid siempre al Señor: bendecidle y cantad sus alabanzas.

Sabed que cuando yo estaba con vosotros, no estaba por mi propia voluntad, sino por voluntad de Dios. Bendecidle y cantadle todos los días.

Me veías y creías que comía pero yo no comía, era sólo una apariencia lo que veíais. Vosotros ahora bendecid en la tierra al Señor y dadle gracias. Yo me voy al que me envió. Escribid todas estas cosas así como han sucedido».

Ellos se levantaron del suelo donde había permanecido postrados, y no le vieron más.

Bendecían y cantaban a Dios y le daban gracias por sus maravillas, porque se les había aparecido un ángel de Dios.

Tobías, lleno de júbilo, escribió y recitó esta oración:

«Bendito sea Dios que vive para siempre, y que por todos los siglos reina; porque castiga y perdona, y nadie hay que pueda huir de su mano... Convertíos, pues, pecadores y practicad la justicia, y cierto que El mostrará con vosotros su misericordia».

Después de recuperar la vista Tobías abundó en bienes e hizo muchas limosnas; continuó alabando a Dios hasta la edad de ciento doce años que murió en paz y fue dignamente sepultado.

9 788477 703921